



Hermana
Bernardita de la Inmaculada Sesso
1918 – 2001

Hermanas Pobres Bonaerenses de San José

Madre Bernardita, madre de los sacerdotes
(1918-2001)



(La niña de cabello oscuro con flequillo es Adele Sesso, está ubicada entre sus padres)

Adele Sesso nació en Montella, Italia, el 15 de Octubre de 1918, en medio de una familia pobre y en una sociedad que sufría la devastación de la primera guerra mundial. Desde muy joven quiso entrar en la Congregación de las Hermanas Vocacionistas, fundada por el Beato Justino María Russolillo, sdv (1891-1955), fundador de los Padres y Hermanas Vocacionistas; pero como ya había ingresado una sus hermanas no pudo hacerlo. Conoció entonces, la Congregación de las Hermanas Pobres Bonaerenses de San José en Roma, e ingresó en este Instituto Religioso. Cuando se le preguntó porqué había entrado a la Congregación, ella

respondió que era “*para conocer y amar a Jesús y hacerse santa*”.

El 29 de julio de 1935, con 17 años de edad, ingresó al Instituto. Vistió el Hábito el 3 de febrero de 1937 y profesó el 19 marzo de 1938, en Roma. El 5 de octubre del mismo año, llamada por la Madre General María de la Asunción Bertini, partió hacia la Argentina. Trabajó entregando su vida en el Instituto, durante todos los años que estuvo en Argentina, Estados Unidos y en Italia, con amor y humildad, con sacrificio e incansable abnegación. Fue un alma apostólica, amante de la Congregación, obediente, pronta al querer de Dios expresado en sus Superioras, un alma de profunda vida interior, que transmitía a los demás con sus palabras, ejemplo y testimonio.



La mayor parte de su vida consagrada la vivió silenciosa y humildemente, desde el oficio de cocinera, en los distintos Seminarios en donde prestaba sus servicios una Comunidad de Hermanas de la Congregación. Desde ese humilde y oculto lugar, ofreció su vida, hecha trabajo, ofrenda y oración.

Tuvo un amor especial por los sacerdotes desde niña, rezaba y se sacrificaba de forma extraordinaria, por ellos y por los seminaristas.

Colaboró en la formación de los futuros sacerdotes y religiosos, acogéndolos con la bondad y la sonrisa que la caracterizaba; en sus dificultades los alentaba y ayudaba

espiritualmente: fue para ellos una verdadera “madre”, como ellos decían y lo testimonian aún.

Bernardita, era la mujer feliz que amaba al Instituto. Obediente a lo que se le pidiera, nunca ponía dificultad. Todo lo recibía con alegría, fuera lo que fuera. Era muy laboriosa, trabajadora sin medida, nunca se negaba a nada ni a nadie, ni por cansancio ni por falta de tiempo. Sencilla, amable, veraz, cariñosa, jamás se la oyó murmurar de nadie.

Frágil en su salud, sufrió mucho durante su vida a causa de varias intervenciones quirúrgicas, pero en el último período de su vida, se intensificó aún más su dolor a causa de un tumor al páncreas y al hígado. Consciente de su mal, lo aceptó heroicamente con fortaleza y serenidad, sin un lamento ni queja.

Retornó definitivamente a Italia en el año 1986 y permaneció en Roma, ocupándose de los oficios de cocinera y portera, que desempeñó con humildad, hasta los últimos días cercanos a su muerte.

Numerosas y frecuentes eran las visitas de agradecimiento que recibía estando ya en Italia, la visitaban sacerdotes y prelados, y sobre todo, el Cardenal Bergoglio, que estuvo muy cerca de ella durante su última enfermedad.

Diez días antes de morir, recibió el sacramento de los enfermos y la absolución “in Articulo Mortis”, de manos del Cardenal Bergoglio y rodeada de sus Hermanas de comunidad.

El 12 de diciembre de 2001 permaneció en cama con fuertes dolores. En presencia de la comunidad y del párroco pidió el Crucifijo, que besó con fe, diciendo: “*Jesús, hazlo pronto*”; después de unos instantes, entregó su alma a Dios. Fue sepultada en Montella, Italia, lugar de su nacimiento.



Testimonios de algunos Sacerdotes

“La Madre Bernardita, así la llamábamos, era para nosotros una Madre. Desde el primer día que la conocí tuve con ella una sintonía y afecto muy especial. Una virtud que brotaba naturalmente en ella era su bondad, humildad y su sentido común. Tenía una sabiduría especial y un trato con los novicios directo, sencillo, abierto, conociendo a cada uno inmediatamente, sin vueltas. A mi llamaba la atención su cariño y empatía”



"Ella sabía intuir nuestros estados de ánimos. Se daba cuenta lo que me costaba el Noviciado, incluso varias veces le comuniqué con mucha confianza mis pensamientos y sentimientos. Ella aconsejaba, sin invadir, era consciente que no era la formadora oficial, pero estaba allí, compartiendo con nosotros la casa y la cercanía, sabía hacer muy bien su tarea de “ayudante” en la formación: con su ser mujer, su ser religiosa y su ser Madre. No tenía buena salud, pero nunca la escuché quejarse, al contrario. Cuando le preguntábamos cómo estaba, la veíamos sufrir con sus piernas, ella sólo decía que estaba bien. Su cara reflejaba dolor, pero con serenidad y resignación”.

“Sus palabras, medio en español y medio en italiano, eran siempre muy hondas. Recuerdo una frase que me marcó para toda la vida y la he repetido siempre en el acompañamiento espiritual y en los retiros a religiosas y sacerdotes: “ ‘Hico, una cosa e la grazia de la vocacione, y otra e la grazia de la perseverancia. Rece mucho por la perseverancia...’ ”.



Testimonio del Padre Jorge Bergoglio

-Hoy Papa Francisco-

Fragmento de la carta enviada por él a la madre Bernardita, en el año 1986, al finalizar su misión en la casa de Ejercicios Espirituales de San Ignacio, San Miguel.

“Usted llega a Argentina a una casa junto al Noviciado Jesuita; un noviciado todavía pequeño, que comenzaba a crecer. Usted lo vio crecer, y llenarse, y no dar abasto casi... Pero lo importante es que esos novicios (y muchos otros que no éramos novicios) la vimos a Usted. Y, en Usted, vimos qué significaba una Congregación religiosa sin límites. Vimos generosidad, espíritu de obediencia, de abnegación, de servicio... vimos piedad, alegría, sentido común y fortaleza. Vimos paciencia y resignación. Usted, con su actitud, puso calor de madre en nosotros y, a la vez, les iba enseñando a esos jóvenes cómo se trata a una mujer: porque esto se aprende de una madre o no se aprende nunca... Y usted fue Madre”.



Algunos testimonios de Hermanas de la Congregación

“Nunca se la vio sobresalir, siempre buscaba los lugares más reservados, alegre, sonriente; todo lo hacía sin vanagloriarse”.



“En su media lengua, entre italiano, español e inglés, se hacía entender y era la ‘Madre que aconsejaba a sus hijos amados. En medio de las ‘ollas’ rezaba y evangelizaba. No perdía la calma, siempre se la encontraba alegre, sonriente. Contenta, feliz, sirviendo con prontitud y esmero; tanto el desayuno, almuerzo, la cena... a todos. Y con algunos platos especiales para los ‘enfermitos’ (como decía ella). En el

Seminario todos la querían, la respetaban, la ayudaban, ella era para todos 'Madre', no sólo alimentaba el cuerpo, sino que alimentaba a los que estaban atribulados, tristes, indecisos en su vocación. Los mandaba a rezar, ponerse a los pies de Jesús Sacramentado; que hagan oración. Pero también estaba atenta al comportamiento de ellos, al respeto, la delicadeza, la prolijidad, la presencia, el testimonio.

“La Hermana Bernardita pasó por el seminario de Richmond, en la cocina, sembrando fraternidad entre las casas de Estados Unidos. Amaba mucho a los seminaristas y sacerdotes. Un día me dijo: ‘Yo ofrecí mi vida por todos los sacerdotes y aunque no fui de las Hermanas Vocacionistas de Italia (a cuya congregación ella había deseado ingresar), también como Josefina sigo ofreciendo por ellos’”.



Palabras del Papa Francisco

En un discurso dado a la Comunidad del Pontificio Seminario Regional Pullés “Pío XI” Sala Clementina, Sábado 10 de diciembre de 2016

“Sor Bernadetta... ejemplo de docilidad al Espíritu Santo, de amor a Jesús y de amor a la carne de Cristo concreta.”

“Para mí (el lugar) tiene mucho eco, mucho. Y me traslada a una mujer, una monja, una gran mujer, que ha trabajado mucho en los seminarios, también en Argentina, cerca de nuestra casa de formación: sor Bernadetta, era de vuestra zona. Cuando yo, como maestro de novicios y también como superior provincial, tenía algún problema con alguien, le mandaba a hablar con ella. Y ella, dos «bofetones espirituales», y la cosa se arreglaba. Esa sabiduría de las mujeres de Dios, de las mamás. Es una gracia crecer en la vocación sacerdotal teniendo cerca estas mujeres, estas mamás, que saben decir las cosas que el Señor quiere que

sean dichas. Ella después fue trasladada a Roma, y yo siempre cuando venía iba a verla. Recuerdo que la última vez que la vi la llamé y ella: 'Antes de irse, venga otra vez' — 'pero ¿por qué?' — 'Quiero que me dé la santa Unción [de los enfermos], porque no nos veremos más'. Ese sentido de la mujer, con 85 años ya... Y un día de Todos los Santos le di la Unción de los enfermos y, ella se fue a mediados de diciembre.

Esto lo quiero decir para rendir homenaje a esta mujer y a muchas otras como ella, que consagran la vida al Señor y son cercanas al apostolado de los sacerdotes, son cercanas a la formación de los sacerdotes en los seminarios; tienen esa sabiduría, esa sabiduría de las mamás; saben decir lo que el Señor quiere que sea dicho. Y para mí es un deber pronunciar el nombre de sor Bernadetta hoy. Y agradezco a vuestra tierra por habernos dado una mujer así... (...)"





Hermanas Pobres Bonaerenses de San José

Avda. Presidente Perón 734, Muñiz
Provincia de Buenos Aires, Argentina
4451-7937

www.camilarolon.com.ar